LA LIGA PE

1
233748



BIBLIOTECA
MADRID
ACIONAL

10 cénts.

1

233748

47/1505099

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA LIGA PERDIDA

I

—Amaos y gozaos cuanto queráis, pero no me molestéis a mí ya más.

—Es que a falta de otras eres un bocado tan apetitoso como el que más.

—Os digo y os repito que yo, Pilar la «Casta», soy una lechera que no *quié* vender más que su leche a precio de tasa.

—¡¡No nos hables de la tasa!!—chillaron a coro los tres calaverones.

—Pues tasa tendréis y a ella os atendréis y chito!

—¡Pero Casta!

—Pero Pilar...

—Este pilar no *sostiene* calaverones tan descastaos como vosotros, vaya!

—Bien: no te enfurruñes, prenda. En todo este diálogo las manos removianse tanto como las lenguas, por lo menos, y los dedos de Padierna, el bolsista alocado y mujeriego por temperamento, ya habían

R. 3224265

hecho presa en las dos soberbias esferas superiores de la dueña.

—Hijo, que me vas a verter la leche!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!... No sabe cómo componérselas con el jarro!...

—¡Pilarica!... ¡Remonona!... Yo bien quisiera hacerte eso en otro lado, pero eres tan casta (de mote al menos) que...

—Que ¡nequa quam! Lo que usted dice.

Don Cripulo, rentista, desocupado, libidinoso y cazador de gangas en materia femenina, era el segundo de los compadres.

Padierna el más joven, el que completaba aquel trío de libertinos era un novelista, periodista y agente de negocios... amorosos; esto era su especialidad.

Proporcionaba chiquillas casi impúberes a sus amigos para que estos les oyeran referir a ellas el «cuento de la lágrima», o sea que lamentaban una orfandad ensayada previamente por sus maestros, Pilar la lechera, doña *Pinguitos*, una tiradora de cartas y Nieves, la *Sirena rústica*, exartista de tablado, especialidad en repiqueteos de palillos y bailes de salón... y aun de alcoba siempre que se terciaba.

Volviendo a lo nuestro, la concurrencia habitual a aquel establecimiento titu-

lado el *Sorbo de leche*, tan acreditado entre los buenos *amateurs* de carnes de pecado, eran chiquillas menores de edad, de dos de las cuales nos ocuparemos con la debida atención, pues lo merecen —artistas de varietés de ambos sexos, alguna casada separada de su marido, temporalmente al menos, y a la que el susodicho cónyuge no la llenaba completamente ni el hueco amoroso, ni el otro hueco económico, el bolso monedero, en términos corrientes y molientes.

Del sexo fuerte, los que mayores rendimientos dejaban a la casa, una media docena de vividores, ya ninguno de ellos joven ni en estado de merecer; algunas clases de tropa, y como parroquianos indispensables y los más mimados por Pilar la «Casta», cuatro o seis caballeretes pertenecientes al club galante *La Liga perdida*... fundada y sostenida principalmente por el marqués viudo de *Puntabrava*; quien casi siempre era el proveedor de fondos, cuando se trataba—y esto era muy amenudo—de celebrar francachelas o juergas con baile y regodeo y bulla hasta la madrugada.

Aquel día, sábado, por más señas, acudían más puntuales que de costumbre los ya citados don Críspulo, Padierna y el marqués, pues dióse la casualidad que hallán-

dose atareadísimos o ausentes sus queridas propias, corrían a la lechería en busca de sensaciones, expansiones y espasmos extraordinarios y fuera de abono.

Aquellas menorcitas llamadas *Las Alamaritos*, por cuanto ambas sostenían haber sido desdoncelladas por el propio Juanito *Terremoto*, en una misma noche y en la propia alcoba de un hotel galante: aquellos dos diablillos con faldas, menuditas de cuerpo, pero de formas redondeadas, de cárnes mórbidas y fáciles a la caricia libertina y procaz, traían revuelto el cotarro y eran las niñas mimadas, los «bebés» preferidos de aquellos «niños grandes» que frecuentaban *El Sorbo de leche*.

Cuando empezaban ya a impacientarse nuestros ligueros, únicos concurrentes a aquella hora, de pronto interrumpióse el silencio, quebróse la monotonía del ambiente con la irrupción alocada y chispeante de ambas *Alamaritos*.

—¡Por fin!

—¡Bravo!

—¡Ya las tenemos aquí!

—¡Hola, granujas!—saltaba la mayor de las chiquillas, la más llenita de carnes, la más viciosa.

—¡Hola, diablejo con faldas! ¿De dónde bueno?

—Pues del *Paraíso;* de ese *Paraíso* con super tango y danzas a pierna desnuda, vosotros querubes desdoncellados ejerceis la mayor de las tiranías ¿hablo bien?

—Como un diputado... cunero.

—Y yo ¿qué? ¿No pinto nada... o me voy?—saltó la menor de las Alamares.

—No te enfurruñes, tú, preciosidad... Yo te convido... Tú, Pilar: ¡a ver!—gritó el Marqués, eterno pagano y eterno consolador de muchachas descontentadizas.

—¡A mí merengada!

—¡Bien! ¡Merengada! ¡Una!—cantó la Casta.—¿Y tú, Celia?

II

Celia era la más vistosa de las dos, la los epitetos.

Pero Celia ya le había ido a buscar las cosquillas al pianista de la casa, que se hallaba atareadísimo, sin soltar la pluma de los dedos, tratando de terminar un pasacalle torero que dedicaba y había prometido a ambas *Alamaritos*.

—¡No me toques ahora!

—¡Te toco porque puedo y quiero, melenas!

—Déjame; vete con tu corte de ricos, yo soy un paria de Apolo, o de las solfas, que viene a ser idéntico.

—¡Tú eres mi cochino!... ¡Mi cochino predilecto, tonto!... Díme ¿cuándo vamos a hacerlo eso?

—¿El qué?... *mi... mi la... do... la... mi*... ¡Bien!... Ya veremos... No te me pongas tan cerca que...

—¡Salvaje! ¿Te molestan mis pechos?... ¡Tócalos, apúrate, melón!

—¡No me da la gana!... Tus caprichos y mis solfas, no pasan de rayas en el agua; son paralelos como tus dos piernas lúbricas que ahora me estás metiendo por la espalda...

En efecto: Celia se había aupado por detrás sobre el travesaño de la silla del pianista y le hacía sentir el prestigio de sus muslos cálidos, llenos, incitantes.

De paso le aplicaba algún que otro chupetón, más que beso, en el cuello o en la nuca. Era una perversa que se complacía en sobreexcitar a sus íntimos, con contactos, sobos y caricias de los que parecía hacer un derroche diario enorme y de los que no sabía ni quería prescindir, sabiendo el gran ascendiente que tenían tales avances, aplicados por ella, con el diabólico *entrain* de sus pocos años alocados,

pero aprovechaditos.

Ella gustaba y volvía el juicio a todos y a Celia, en cambio no le gustaban de los hombres más que su dinero, o sus presentes: viciosilla casi impúber; pecadora precoz, entregaba su cuerpo raramente a los hijos de Adán que la acosaban de contínuo, pagándoles sus solicitudes, sus asedíos, son caricias perversas, dislocantes... Dejábase besar, sobajear, todo lo que ellos quisieran pero nada más.

Pero ¡aquel pianista!.. Aquel Angel Ruíz, al que ella y muchos llamaban de mote *Bemoles*, resultaba (afortunado mortal) el caprichito inaccesible y arisco para Celia.

***

Transcurrieron algunos días antes de que los ligueros volvieran a la lechería.

Aquel idilio en embrión entre la *Alamaritos* mayor y Bemoles, se la robaba a sus guasas, a sus abucheos, a sus besos, a sus risas, de común acuerda con *Cecilia* la menor de la pareja...

Esta sola podía contentar y complacer a los de la *Liga perdida*.

Pero en el domicilio de la cachonda sociedad la noche de la verbena de San Antonio todo era bulla, exaltación artística y cupidinesca, ambas a la vez.

Cupidinesca por tratarse del *vernissage* de la exposición de «desnudos y deshabillés», que uno de los socios Ruperto Grande, inauguraba, y artística, por cuanto se trataba no de una mera broma de salón, sino de cierto número de dibujos y pasteles, llenos de picardía e intención, trazados por Grande con mano ducha y muy segura en lo tocante a plástica femenina.

—¡Esta bacante está torcida!...

—¡Pues enderezarla! remono!

—Estos muslos de la Cibeles son tan blancos como los de la diosa del carro de de la plaza de Castelar.

—Tan blancos y tan exhuberantes.

—Ruperto: tú eres grande.

—Ya lo sabía... Pero de apellido.

—Y de genio... Nada, choca... ¿Sabes si van a venir tus amigas y admiradoras?

—¡Cómo no! Lo prometieron al menos.

Llegaron a poco Flora la viuda: besos, apretones... Desarreglo inmediato de corpiños... Sofaldamenta y excursiones hacia las regionas de Citerea. Risas, chistes gordos: toda la gama de improvisaciones jocoserias. Como que la tal viuda, era tan alocada y ya conocida como la popular «Viuda alegre» (opereta de este título).

—¿Llevémosla en andas a contemplar su copia?

—¡Eso! ¡En andas!... Tú, marqués: sostenla por bajo las piernas.

—¡Ajajá! Nosotros la auparemos hasta que sus ricas nalgas llenas de perversidad y de efluvios capitosos estén en contacto con nuestros hombros.

—Hasta que los miembros de la «liga» se alcen todos a una como un solo hombre y lancemos el grito de rúbrica.

Ante esta inusitada exclamación, interesada y ávida de emociones lúbricas la cálida viuda alzó el prestigio de su faldamenta con mano rápida. ¡Deslumbramiento general!

De ocho a diez manos se cayeron casi a un tiempo encima de los encantos venustos de nuestra robusta viuda. Esta sufrió una especie de sacudida, casi orgásmica, que la transportó a la regiones más eróticas del soñado paraíso de los dioses.

III

La fiesta que se originó con motivo del barnizado, resultó morrocotudísima.

Hubo exámen de originales, explicación de éstos entre Ruperto Grande y sus colegas a las nenas allí presentes, todas

chispeantes, todas dispuestas al golgorio y al magreo más desenfrenado, con o sin consecuencias.

—Esas bacantes están diciendo bebedme, ofreciendo sus racimos de uvas al expectador...

—Y ¿esas ninfas del bosque de Citerea? ¿Son mojama esas ninfas pecaminosas?

—¡Oh! No... Yo *ninfearía* y sobaría cuantos encantos carnales nos ofrecen... Mira, mira, esa que postura me gasta. Los dedos de la derecha mano oprimen uno de sus pechos de níveo cortorno y suave contextura, mientras que los de su izquierda puestos *a la vera* del camino de la serenísima señora doña Venus Capitolina, parecen ofrendar a baco tan íntima como voluptuosa meta a su viaje.

—¡Bravo! ¡Bravo! Este parlamento me ha enternecido—decía Jesusilla, otra de las concurrentes, montando un pierna sobre otra en la otomana de terciopelo granate desde donde contemplaba la sugestiva colección de originales.

—Con la posturita, voy a ver nuevos horizontes tan sabrosos como los que promete el «camino» ese de que hablaba nuestro insigne Grande—decía el marqués, inclinando la cabeza hacia los bajos de la coruscante Jesusilla.

Esta al ver la acción del arístócrata, mediante un estudiado cambio de postura, sin tocar las ropas para nada, empinó rápida ambas esculturales piernas, y por no ser menos que la viuda, con la que no la dolían las comparaciones, puso de manifiesto por lo menos tantas y tan eróticas perspectivas como las de la ninfa del cuadrito en cuestión; pantorrillas descuajantes, llenas, atrevidas, con medias transparentes de sedeño tejido fino y sensual: muslos, a las pantorrillas, admirables de convexidad y de matiz completamente afrodisiaco... ligas... mejor dicho *liga*, (pues no se le veía más que una oprimiendo la super rodilla) de tirilla de seda igualmente, pero rojo cardenal, que daba una nota más picante si cabía—al deshabillé diabólico.

—¡Olé y contraolé!... Así me gustan a mi las novatas... ¡que lo enseñen todo en un momento dado!—expresaba, entusiasta el impertérrito don Crispulín.

—Mira, Padierna. A esa chica, tú, como secretaria perpétua, la extiendes...

—¿Qué es lo que me va a extender?

—El título de «liguera de mérito»... Por haber perdido ya, antes de la fiesta una liga, que nosotros quedamos encargados de buscar, bien merece esta gracia!...

—¡Bravo! ¡Viva Punta brava!... Ahora

la danza nos llama y luego...

—¡Eso! Luego la bacanal intima y dislocante.

El célebre Bemoles, el indispensable Bemoles, el encargado de hacer saltar y culebrear a aquella alegre caterva de galanes y damas preludió un dislacerante valz.

—¿Vienes Jesusilla? ¡Tu serás la primera en romper el fuego!... ¡Jesús, Jesusilla! ¡qué busto tan antirreglamentario me ostentas! ¡perversa!

—¡Bailemos!...—Pero si se me cae la media...

—Pues si se te cae la media, a mi se me levanta ya la *entera* y vayase lo uno por lo otro.

—¡Arrea! ¡Como se ciñe usted, Marqués!

—Es que junto mis muslos a los tuyos por cumplir con mi patronimico unicamente.

—¡Ah! si, *¡Punta brava!*

—¿Te percatas, hurí exquisita?... Mi punta brava se estrella contra los arrecifes que existen entre los dos duros promontorios que tanto me deleitan de tus soberbias piernas y ahora... ¡ah! ahora mismo creo qun sin patronimico llega al punto deseado en lo íntimo de tu persona.

Ella, notándolo así, cerró los ojos; una



oleada de voluptuosidad inundó su rostro, sus nervios se distendieron... Sus piernas quedaron rígidas, inmóviles... A ella le iba a venir algo, no se sabía el qué, pero, tales achuchones y tanta maestría empleados por el apuesto galán que la oprimía entre sus brazos, lograron una mutua entrega de credenciales en aquella *embajada* de Cupido, monarca del amor fácil.

***

Después, un desenfreno general surgió, como acompañando en sus voluptuosos meneos y sobajeos a la feliz pareja.

Al *boston*, siguió un desenfrenado *ragtzine*; a éste un pasodoble castizo y bello (se trataba de la última composición del propio Angelito Ruiz (a) *Bemoles*, a cuyos primeros acordes como si fuera una evocación mágica saltaron a escena nuestras dos dislocantes danzarinas, hermanas *Alamaritos*.

Venían deliciosas de elegancia y de picantez.

Simples túnicas de punto colores claros, con algunas lentejuelas bordadas, cubrían y descubrían a la par los incitantes cuerpos de las bellas. Recibidas fueron con todos los honores. Con dos simples plumas de faisán tocaban su cabeza, los labios sensuales, los ojos parlanchines y prometedores de goces infinitos, ambas *Alamaritos*, resultaban un poema viviente de delicias.

Los concurrentes aullaban ya de deseos ante el alzamiento de túnicas, rápido y con que hicieron su primera posturita, las dos lindas danzarinas.

Luego, con ademanes cachondísimos y gestos de erotismo subyugador saltó al palenque *Lunaritos*, otra de las desnudables, artista de cuerpo entero en materia de repertorio destinado a encalabrinar cabezas de individuos, y previa una serie de batimanes y saltitos, por todo extremo diabólicos, dió al aire con lo ebúrneo de sus formas, la aretinesca canción de la liga *perdida*, aquel espectáculo imprevisto adquirió tonos y matices de verdadera saturnal, desenfrenada y cáustica y de esas que dejan memoria perdurable en cuantos en ella han tomado parte activa.

IV

—La ceremonia de admitir en nuestro seno, vamos al decir...

—Vamos! Vamos!—irrumpieron varios de los clubmen, levantándose impacientes,

—Silencio! Que esto es reglamentario. Nada de choteo, pollería.

—Siga el presidente... y no nos coloque toda esa perorata, si le es lo mismo; créanos, querido Marqués.

—La ceremonia empieza. A ver novata. Descúbrase el pecho. ¿La camarista de turno?

—Tú, Cecilia; ¡que es a tí mujer!--apuntaba Bemoles, indicando a una de las *Alamaritas* acudiera a su puesto.

—¡A mi no me vengas con gaitas, ché!

—Pues que venga la otra de esas díscolas!

—¿Quién, yo? Vamos. Me has tomado, tú, Marqués por una menegilda cualquiera. ¿Camarista, has dicho? Y un jamón!

—Acabemos; Lunaritos, desabróchala tú, hija, y ya les sentaremos las costuras a ese par de diablejos en sesión secreta...

—Y tan secreta!... Como que te voy yo a secretear una cosa al oído que te vas a quedar...

—¡Súficit!... Ea! Sigue Lunaritos; anda con las faldas, pequeña.

La neófita, la preciosa cuanto regordeta Jesusilla, reíase a más y mejor ante tales incidentes y ni hacía caso de que la iban a mostrar semi desnuda ante aquel cenáculo de calaveras desocupados.

En cuanto estuvo en un traje tan sucinto como era la simple camisa, sútil y diáfana, apenas velando su arrogante academia de líneas audaces, carnes satinadas y sombreadas de divina perspectiva en los parajes más íntimos, tales exclamaciones, tales visages y jadeos tales de lascivia mal contenida menudearon entre los miembros de la Liga que daban compasión.

—Ahora; que monte la neófita hasta su hornacina que le toca por turno ¿qué número?—preguntó con voz gutural el Marqués.

—El veintidós, «gran liguero»

—Eso de la «hornacina», despiporrante!... Cuando veré la tuya, niña Celia?

—Cuando quieras, mira!

—Diablo!... Sí que está eso oscuro! No te creía tan adelantada en adornos infraíntimos!

—Pues ya lo sabes: esta es mi hornacina, pero de lo otro ¿a mi ceremonias ¡¡nó!!

—A callar, nenes; o decreto la expulsión del salón.

—¡Cállate, cara de rana frita! ¿Por qué no os dejais de botaratadas de esas y no nos vamos a lo del *chupen* y a lo del *tragelen* ¡que es lo práctico!...

—Ya está en su puesto de honor

Consocios, miembros de la Liga: Por el artículo 33; párrafo quinto, debeis todos conmigo besar a la neófita en la parte del cuerpo que más os apetezca siempre y cuando no insistais en la caricia. Párrafo octavo del mentado artículo. Adelante.

Unos ligueros después de otros, aguantando el resuello y sin poder disimular su emoción —se trataba de una casi virgen fresca rozagante y de formas admirables, poneos en su caso... si podeis— cumplieron con lo ordenado.

Los ósculos menudearon. Ella a cada choque de los golosos labios con su satinada epidermis, bien en las piernas, ya en los brazos, la mayoría de ellos ¡qué pillines! entre ambas venustas *pomas de amor* que erguíanse lascivamente en lo alto del escultural torso; a cada achuchón masculino correspondía con un estremecimiento de sensualidad despierta, dislocante.

Cuando hubieron terminado el besuqueo los doce ligueros (incluso el marqués de Punta-Brava) fué descendida de su hornacina la preciosa *novata*, entre cuatro espontáneos y colocada encima de unas pieles de fieras, mucho más afrodisíacas aún para ella en su contacto que los ósculos del personal masculino de la casa.

Luego Padierna fué el encargado de

pintarla en un muslo las iniciales del club: una *L.* y una *P.* entrelazadas, con tinta simpática... tan simpática por lo menos como era la neófita objeto de tales agasajos. En esta operación deleitáronse las manos hábiles de Padierna.

—¡Ahora a *danzar* se ha dicho, en tanto se le secan las letras a esa adorable criatura!

—¡Hip! ¡hip! ¡Hurra por la *Liga Perdida!*—exclamó el buen Críspulo, maestro de ceremonias improvisadas.

—¡Hurra!—repitieron los demás a una voz.

Y comenzó la danza por parejas; tratábase de un valz lento; de los más suaves y voluptuosos que se conocía. *Suspiros de Leda*, también original de Bemoles... Este endiablado músico demostraba tener muchos «bemoles» realmente. Era un primer espada en materia de bailables.

Al valz siguieron una machicha endiablada que danzaron las Alamaritos, meneando el vientre y adyacentes lugares con una desfachatez rayana en idiotez... Pero triunfaron ¡cómo no!

Luego, una mano protectora, hizo se trocaran los resplandores *a giorno*. de las bombillas, por otras tonalidades, rojas, azules y amaranto, que daban a la sala un

carácter de voluptuosa languidez y enervamiento dignos del harén del más empingorotado de los sultanes de las *Mil y una noches*.

Ante tan notable transformación, los aprovechados ni cortos ni perezosos, echáronse cada uno encima de su presa favorita, todas ellas hembras acostumbradas ya a ser juguete de tales calaverones, Jesusilla fué la que correspondió caer en brazos del afortunado marqués, presidente nato.

Y menudo estropicio y menuda sarta de caricias osadas, libidinosas y para todos los gustos la que se generalizó, ante lo propicio de aquel ambiente embalsamado y saturado de fluídos perversos y sensuales. El final obligado de todos aquellos escarceos, posesiones mutuas más o menos completas.

Manos que ciñen cuellos; cabezas que se inclinan en hombros propíncuos; piernas que brujulean en el espacio, extremecimientos placenteros, bocas que absorben el hálito de las hembras y ¿a qué repetir lo que tantos autores han descrito con lujo de detalles y a nosotros nos está vedado? Paciencia y barajar y ¡adelante con los faroles!

V

De nuevo encontrámonos en la simpática tiendecilla *El sorbo de leche*. Jesusilla que se había conservado casi libre de contacto masculino, estaba predestinada a perder la otra «liga» entre los de la idem, o en otros términos, a ser buena presa plena y cumplidamente, entre aquella manada de lobos elegantes, pero de instintos tan despiertos como los de las estepas asiáticas.

—La suerte decidirá ¿no, queridos colegas?

—Como siempre; no ha de ser Jesusilla, menos que las anteriores.

—Bien, vengan pajas...

—Eso es anticuado. Opto por la «gallina ciega».

—Perfectamente. Formemos el corro enseguida.

La linda Jesusilla ¡qué se le va a hacer! constituía la envidia de las demás habituales de la lechería. Prestábase a todo, como una simple corderilla. Ella gustaba del macho, quería goces a toda costa: apetecía sensaciones fuertes, definitivas que barruntaba tan sólo y nadie aún le había logrado producir en su cuerpo de neófita en

el amor libre.

El corro quedó pronto para el juego. Vendados ya los ojos de Padierna (el primero a quien la suerte favoreciera), éste comenzó a tender los brazos hacia aquel alegre círculo de hombres y mujeres apicarados y ávidos de bulla y jolgorio. Palmadas que suenan. Alto el corro. Las manos de Padierna temblonas y torpes caen sobre el soberbio busto de la Lunaritos, ¡No es ella! ¡Eh, eh! Risotadas enormes, despreocupadas! ¡Chillidos placenteros!

Vuelta a vendarle los ojos a otro: era el Marqués.

—Daos prisa, chicas y chicos, que me siento febril y tan animado, como cuando hacíamos esto mismo en el colegio. ¡Y ya han pasado inviernos desde aquella fecha!

Volteretas y más volteretas. El aristócrata temblaba emocionado ante la perspectiva de que llegara a tocarle en suerte el poderle quitar la liga... que era su sueño dorado a la deliciosa Jesusilla de sus pecados.

—¡Alto!...

Silencio en las filas, aquello iba resultando ceremonioso, solemne, emocionante. Unos brazos que, tras tanteos vagos y breves oprimen una cintura frágil y de conturbador contorno...

Un pequeño chillido de la abrazada.

Por fin. ¡Era ella! ¡Jesusilla! ¡La novata! ¡La Pimpante!

—¡Oh! Tendrás lo tuyo mi reina. Te colocaré yo mismo en un trono de flores,.. Ven conmigo. ¿Permiso, colegas para tomar posesión ahora mismo de un trofeo tan anhelado?

—¡Con tal que sea a gusto de ella!

—¿Qué dice la neofita?... Estás satisfecha de cederle tu liga al Marqués que la ha ganado con todas las de la ley?

Una risotada franca expansiva, expresiva de mil encontrados afectos y emociones, fué en Jesusilla su mejor respuesta y la inmediata y veloz huída en pos del Marqués de Punta Brava que la llamaba con insinuantes gestos desde la misma puerta de una deliciosa habitación reservada.

. . . . . .

Media hora más tarde, en un momento en que se calmó el jolgorio, y en un descanso a los mil picantes incidentes galantes de toda laya, de pronto aparece el aristócrata presidente, ante la asombrada grey.

—Aquí está caballeros, ligueros muy amados ¡Vedla! Es la liga que le he quitado por mi mismo después de la extenuadora cuanto azorosa lucha. La liga del triunfo... ¡Viva Jesusilla!

Ella ha colmado la medida en mí de los goces inefables!... Ved el glorioso trofeo... Examinadle de cerca; convenceos de que no le falta el síntoma indispensable de mi victoria.

Los ligueros, con cierta emoción, aproximaron a sus ojos la linda liga color azul pálido que pertenecía a Jesusílla.

Aquel voluptuoso aro sedeño que hasta hacía poco, oprimiera la parte baja del divino muslo de la tan deseada criatura, ostentaba una redondeada manchita calorada.

Todos celebraron lo concluyente de la prueba apetecida, y al presentarse con inefable púrpura por su último y delicioso pecado, la llevaron en triunfo y la colmaron de enhorabuenas, ponderándola como «liguera predilecta» de la *Liga Perdida*.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. - Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. - Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente. - Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo.—La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes--Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. - Mordiscos femeninos. - ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. - Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. - Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. - Memorias de un lunar.— La saeta de Cupido. — ¡Viva la faldamenta! — Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. —El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del desp[illegible]rren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires